

El jardín de las rosas estáticas

Los chicos teníamos prohibido ir a jugar al parque de la casa grande. Debíamos conformarnos con la zona que rodeaba la casa del encargado donde estaba el escritorio. Lo que hacía papá ahí era tan misterioso como la expresión que usaba para describirlo: llevar los libros. Si alguien me hubiese preguntado qué me gustaría ser cuando fuera grande habría dicho llevar los libros. La estancia se llamaba Las varillas y era el lugar más hermoso que había conocido. En aquella época yo usaba las palabras hermoso, césped y chalet y me sentía feliz.

Nos escondíamos detrás de los galpones, de los eucaliptos o de la casita de las monturas. Mi escondite preferido era un tronco caído; decían que lo había volteado un rayo y esto aumentaba el misterio. Desde ahí se veían los corrales de los caballos. Había uno (para mí todos eran caballos) de color marrón claro y crines rubias que me parecía tan hermoso como el parque de la casa grande. Tenía las patas cortas y la cola muy larga (después me enteraría que era una yegua horrible). La mujer del encargado se llamaba Emma y nos convidaba refresco de granadina. Aún hoy el viento del norte arrastra el gusto dulzón de la bebida, el olor a alfalfa y el vaho tibio de la bosta de los animales.

Un día la puertita de alambre que separaba los dos territorios estaba abierta y la tentación fue mayor. Me escabullí hasta la casa grande y en punta de pie espí por una de las ventanas. Lo que vi me dejó sin aliento.

Había dos camas de hierro con cubrecamas floreados (*chintz* inglés estampado con *eglantines* aprendería después), y en la cabecera una línea perfecta de cuadros con flores, una sola en cada uno. En contraste con los floreros colorinches de las láminas de mi casa me parecieron preciosos (bonitos decía mamá y los chicos nos reíamos). Los colores eran nítidos bajo la luz transparente de la tarde: el azul pálido de las colchas, el

fucsia de las rosas, el verde seco de las hojas. El hecho de que fuera una visión prohibida aumentaba su belleza y yo me quedé estática hasta que escuché el Piedra libre, polaca. Polaca Y después un Hiciste trampa, ahora te toca contar a vos. Habría contado hasta el infinito con tal de que la escena no se borrara de mi memoria.

Con el tiempo el misterio de los libros que llevaba mi padre se llamó contabilidad, las cosas hermosas pasaron a ser lindísimas y el caballo fue una yegua baya y retacona. Las flores de los cuadros cobraron vida en el jardín de Florencia O, quien con sabiduría de cultivadora de rosas me enseñó nombres y correspondencias: la blanca se transformó en rosa Iceberg, la roja (*tan roja que el rocío se temía quemar*) fue la Gran Hotel, la rosada se llamó Pierre de Ronsard (*Ronsard me célébrait du temps que j'étais belle*) y la amarilla quedó como rosa amarilla salvo que en el plural de Carver: *Tres rosas amarillas*, que en todo el mundo las rosas amarillas son símbolo de alegría y amistad.

Debo a la feliz conjunción de una desobediencia y un libro de contabilidad el descubrimiento de que la belleza siempre está acechando.

Aloe Vera.